

HISTORIA Y ODISEA VASCONCELIANA

José BRAVO UGARTE,
Academia Mexicana de la Historia

LA BREVE HISTORIA DE MÉXICO es un feliz episodio en la odisea del criollo "Ulises". Su "vocación auténtica" —dijo él mismo al periodista español Sueiro en 1954— era, "quizás, la filosofía". Vasconcelos fue, en efecto, fundamentalmente, filósofo; pero no mero filósofo contemplativo, sino de acción, acción política reformadora, que se desdobra en múltiples actividades, de educador, de periodista y de fecundo autor de muchos libros valiosos, entre los que sobresale la *Breve historia*. La filosofía, meta de su odisea, da energía y tenacidad, sinceridad y nobleza a su acción, y la depura, finalmente, del fango del camino.

Largo fue el recorrido hasta llegar a la *Breve Historia de México*: por muchas regiones nuestras y países extranjeros, en empresas de variada índole, "viéndolo todo y ensayándolo", y siempre elaborando filosofía y enredándose en amores fugaces o prolongados.

De niño, lo llevaron sus padres de Oaxaca, donde nació, a Sásabe, Son., a Tapachula, Chis. y a Piedras Negras, Coah., desde donde iba a diario a la escuela de Eagle Pass para cursar la instrucción primaria; la concluyó en Campeche después de breve estancia en Toluca. Su mexicanismo, despertado en el hogar con las conversaciones de sus padres y el manejo de las monumentales ediciones de *México a través de los siglos* y de los Atlas de García Cubas que leía con fruición, se avivó en la escuela de Eagle Pass, ya cuando oía cosas ofensivas de México —"Mexicans are a semicivilized people"—, que él rebatía irritado; ya cuando la clase se dividía en campos contrarios al recordarse la independencia de Texas y la guerra del 47; ya cuando escuchaba con dolor y vergüenza la rendi-

ción de Santa Anna a un sargento yankee después de San Jacinto. En la escuela también se comparaba el antiguo mapa de México —“when Mexico was the largest nation of the Continent”— con el del empequeñecido “present Mexico”. Allí advirtió asimismo la tesis del español bárbaro y del indio noble, con el cual siempre simpatizaban los norteamericanos y nunca con los españoles.

Del Instituto de Toluca recordaba “la pasión jacobinizante y anticatólica” de sus profesores, pero salió de él sin sospechar el conflicto de la doctrina aprendida en casa y la que en México impone el Estado. Los catedráticos de Campeche, en cambio, fáciles de trato, no eran para cultivar rencores ni de religión ni de política.

La preparatoria y la profesional las cursó en México. En la Preparatoria barradiana, privado ya del amor materno e ignorante aún del erótico, le sedujo la Ciencia, en la cual halló instantes de la más pura y noble ilusión. Y sumiso a Comte, rehuía hasta las aventuras de la mente. Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida, y se le tenía por el maestro más culto y más elocuente de la época.

Además del comtismo, adoptó Vasconcelos el evolucionismo spenceriano y el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda su vida. Después, ya en los lazos cada vez más numerosos y estrechos del erotismo, se constituyó una moral cómoda, considerándolo todo legítimo si iba sólo contra él mismo.

Por eliminación, escogió la jurisprudencia, profesión “lucrativa y fácil”, que estudió pretendiendo sólo salir del paso, con tres medianos de calificación que le evitaban repetir los cursos. Como abogado, logró adquirir una decorosa posición en la que ganaba dinero; mas no era ésa la actividad de su vocación compleja, sino la política.

Al concluir sus estudios, Vasconcelos, a causa de que sus familiares eran burócratas del régimen reformista y también por virtud de su educación en escuelas públicas, compartía el odio al Imperio y el cariño a Juárez, al cual rendía culto

en las tenidas blancas que le dedicaban los masones cada 18 de julio en el Panteón de San Fernando. Pero ya desde entonces se comentaba entre los estudiantes la vaciedad, la pobreza ideológica de los liberales mexicanos y sus maestros europeos Voltaire, Rousseau, Diderot y todos los enciclopedistas, de los que no se sacaba un verdadero filósofo.

En la política entró invitado por Madero. A él, ya gobernante, lo apoyó porque era bueno. En el gobierno —nominal— convencionista de Eulalio Gutiérrez fue secretario de Educación. Efectivamente lo fue en el de Obregón, que le permitió desarrollar su plan para la educación nacional. Contra el general Díaz, contra Huerta, contra Carranza y contra Villa fue revolucionario. Y contra Calles, contra Ortiz Rubio y contra Cárdenas intentó serlo, pues

siempre juzgué —dícenos él— que era deber de patriotismo y, más que de patriotismo, de hombre, contribuir a que el ambiente en que uno va a desarrollar su vida, deje de ser el de la tribu canibal y se convierta a los usos de una mediocre civilización, por lo menos.

La política provocó, casi constantemente, sus artículos periodísticos, los primeros de los cuales le valieron su primer destierro, durante la campaña maderista contra el general Díaz. Y en la política halló la oportunidad para su mejor obra práctica: la Secretaría de Educación, que él califica —sin temor de inmodestia— como orgullo de la administración obregonista y del movimiento revolucionario entero, que no tiene obra constructiva comparable a ella.

Conforme a su plan, estableció una Secretaría con atribuciones en todo el país y dividida en tres grandes Departamentos, que abarcaban todos los institutos de cultura, a saber: Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes. Le imbuyó su espíritu, que era el de formar, no “robinsones” náufragos que, en isla desierta, sacan todo el saber de su inventiva (doctrina de Defoe-Dewey); sino “odiseos” viajeros que exploran y actúan, descubren y crean, llevando en sus alforjas muchos milenios de cultura. Y le comunicó un impulso que perdura en muchos de los que fueron sus colaboradores.

A la política debió también tanto las giras en pro de Ma-

dero o de su propia candidatura presidencial por gran parte de la República y el viaje de embajador de México al Brasil y Argentina, cuanto los numerosos destierros, que él convirtió en viajes y estancias por las Antillas, Centro y Sudamérica, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España, Italia y el cercano Oriente, donde amplió e integró sus estudios filosóficos.

Del comtismo, que excluye la filosofía, se libró en breve su mente de filósofo. Con mucha lectura y mucha meditación y captando algunos conceptos "por relámpagos mentales" que le causaban una dicha infinita, fue organizando el material de su obra filosófica, de la que fue primicias el *Pitágoras* (1916), contemporáneo de sus actividades antiporfiristas y maderistas, de sus andanzas de revolucionario con el presidente Eulalio Gutiérrez y de sus amores con Adriana. Etapas formales fueron *Metafísica* (1929), *Ética* (1931), *Estética* (1935) y *Lógica Orgánica* (1945), terminadas ya en su madurez, "después de los cuarenta, así que se ha dominado la lujuria"; pero gestadas —al menos las tres primeras— en el vaivén de la política y en el hervor de las pasiones, con Adriana, con Charito o con Valeria.

En la Ciencia halló el camino de la presencia divina, que sostiene el mundo; y mientras era aún oficialmente anticatólico, seguía de creyente, "pues ¿cómo dudar —decía— de lo divino si por doquiera nos envuelve, nos sorprende, nos deslumbra el milagro, en la naturaleza y en el corazón de la vida?" Su ambición filosófica de totalidad en todas direcciones —el pensamiento, la emoción y la acción—, le hacía rematar siempre en el pensamiento religioso. Y así llega al "término de su escala" en *Todología* (1952), ya en plena serenidad política, sentimental e intelectual, en la que su juicio estético logra bellamente coordinar los datos de los sentidos, los arreglos de la razón y los propósitos de la voluntad a la luz de la Fe, es decir, la Poesía y el Arte, la Ciencia y la Filosofía, y la Revelación. Y para reajustes de detalle con relación a ésta, se muestra siempre dispuesto.

II

Durante la conquista de la Sabiduría, la santa, la eterna Sofía, en el campo filosófico, emprende Vasconcelos, como episodio de ella, la conquista de la verdad histórica nacional a través de los mitos y marañas con que la política interior e internacional la han ocultado. Ello pertenece también a su tarea de político reformador.

Más numerosas que las filosóficas y de mayor difusión que éstas son sus obras históricas, entre las cuales no reseñaremos los sin duda numerosos artículos periodísticos de tema histórico nacional o hispanoamericano.

Unas son *biográficas*:

- Simón Bolívar, interpretación* (1939),
- Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* (1941),
- Homenaje a Gabriela Mistral* (1946),
- Discurso en homenaje a Ezequiel A. Chávez* (1947),
- Don Evaristo Madero, biografía de un patricio* (1958).

Otras, *autobiográficas*:

- Ulises criollo* (1935),
- La Tormenta* (1936),
- El Desastre* (1937),
- El Proconsulado* (1939),
- La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y Tragedia* (1959).

Dos, *de tema hispanoamericano*:

- Bolivarismo y Monroísmo* (1934),
- La idea franciscana de la Conquista de América* (1943).

Y varias, *de Historia de México*:

- La caída de Carranza. De la dictadura a la libertad* (1920),

Los últimos 50 años (1924),
Aspects of Mexican Civilization (1927),
Breve Historia de México (1937).

Omitimos, por filosófica, la *Historia del pensamiento filosófico* (1937), e incluimos *La flama* entre las autobiográficas por serlo ella en su mayor parte, como luego indicaremos.

Ceñiremos nuestro estudio a tres obras: la Pentalogía autobiográfica, la *Breve Historia de México* y el *Hernán Cortés*.

III

La Pentalogía autobiográfica es la "Odisea" vasconceliana, escrita durante más de 25 años y comenzada después de la *Ética* y antes que la *Estética*, al amparo de aquella soltura que da al estilo, en la Península, el ambiente español. Hacía tiempo que su autor deseaba componer una novela y "¿cuál mejor —dice él— que la de las propias andanzas y pasiones?" No hizo, sin embargo, en rigor, una novela, pues reiteradamente afirma sus propósitos de veracidad histórica: narrarlo todo "según ocurrió", "atendiendo sólo a la verdad", aunque ésta sea "en su daño".

De ahí el interés humano y el valor histórico de la Pentalogía, biografía de un hombre de genio, en el que se conjugan el filósofo original, el político reformador y el cristiano que del error y el pecado se reintegra con valiente esfuerzo a la gracia. Todo ello, junto con admirables cuadros de la vida mexicana de la época y certeros esbozos de algunos hombres notables con los que le tocó vivir.

Como autobiografía, su fuente principal, casi exclusiva —a la que raras veces añade algún documento—, es el recuerdo, que él revive con facilidad, intensa y apasionadamente, en virtud de la "memoria emocional", que consciente y gozosamente posee. Esto explica sus numerosos aciertos, pues su pasión es noble; y también sus errores, ya que es pasión, que siempre necesita de la dirección serena del entendimiento.

Poco tiene aún de Ulises el *Ulises*, pues la verdadera odisea comienza en *La Tormenta*, sigue por *El desastre* y *El*

proconsulado y termina en *La flama*. Pero contiene en bellas páginas —de las mejores, que salieron de la pluma del autor—, la vida de éste en el hogar y en la primaria, las aventuras del estudiante de preparatoria y profesional hospedado, lejos de sus padres, en casas de huéspedes y sus primeros años de abogado hasta que, metido en la política, se convierte en Odiseo.

La tormenta es —según el autor— la época más dispersa, pecadora y estéril de su vida, en uno de los períodos más confusos, perversos y destructores de cuantos ha vivido la Nación; es el período de su pasión personal desorbitada y el de la Revolución, caos por dentro y por fuera en un alma atormentada por todas las angustias.

El desastre abarca el primer periodo de su madurez personal. Habiendo concretado su pasión en una serie de amores —la madre, la novia, la amante—, se fija luego en la patria, la raza, la misión que ha de cumplir; y, amortiguada la flama erótica, su anhelo se concentra en la obra social y es su pasión la multitud y sus dolores y potencialidades. Contiene la historia de su primera gran ilusión política: la educación nacional, siendo secretario de ella con el presidente Obregón. Y la de su primer gran desengaño político, que le lleva a un quinquenio de destierro por varios países. Aludiendo, sin duda, al desengaño, intitula esta parte *El desastre*.

Su segunda gran ilusión política, cifrada en ser presidente de la República por elección popular, y el consiguiente desengaño y el destierro por dos quinquenios más, son la materia de *El proconsulado* y de *La flama*. En ésta expone sus posteriores actividades políticas allende el Bravo hasta su regreso definitivo a la patria.

El valor histórico de la Pentalogía es indudablemente inferior al literario. Es grande así respecto de la vida, sobre todo íntima, del autor y de las costumbres mexicanas, como con relación a los episodios de la Revolución y a la descripción general de ésta. En muchos de los esbozos de los personajes notables con los que estuvo relacionado, da Vasconcelos con los rasgos que los caracterizan. Pero otros resultan falsos y calumniosos, y motivaron justas protestas de los interesados.

Y mucho habría ganado el volumen de *La flama* desgajan-

do de él en otro volumen lo correspondiente a *Los de arriba en la Revolución*, suprimiendo lo que es mera repetición de *El proconsulado* y dejando sólo lo que es la 5ª parte de las Memorias, bien llamada *La flama*, como símbolo de la encendida palabra de Vasconcelos, a la que quedó reducida su actividad política en sus últimos años.

IV

La *Breve Historia de México* es su obra de mayor difusión. De *las filosóficas* —sin contar la edición de *Obras completas* comenzada en 1957, que manifiesta el renombre del autor y no el éxito editorial de cada obra—, el *Tratado de Metafísica*, la *Historia del pensamiento filosófico*, el *Manual de Filosofía*, la *Lógica Orgánica* y la *Todología* —que, a nuestro juicio es la mejor de ellas por exponer clara y brevemente todo el sistema filosófico vasconceliano—, han tenido una sola edición. Dos han sido las de *Pitágoras* y *Monismo estético*. Y tres, las de *Estudios indostánicos*, *Ética* y *Estética*. En la Pentalogía autobiográfica se lleva la palma el *Ulises criollo* con once ediciones, síguenlo *La tormenta* con ocho, *El desastre* con seis, *El Proconsulado* con cuatro y *La flama* con tres, hasta ahora.

En cambio, la *Breve Historia de México* ha tenido 18 ediciones: 14 antes de la “edición contemporánea” y 4 de ésta. Por tal motivo, un funcionario de la actual Secretaría de Educación Pública se dolía de que aquélla fuese casi un libro de texto por la masa de lectores que ha tenido y sigue teniendo. Y un erudito bibliófilo ha dicho que

algún día, cuando se calme el agitado mar de nuestras pasiones políticas, y la historia sea la Historia, el manual de Vasconcelos será un texto oficial en todas las escuelas del país, ya que la verdad y el genio no soportan ninguna limitación.

Este doble éxito, de ediciones y de prestigio, por el que llamamos “feliz episodio de su odisea” a la *Breve Historia de México* de Vasconcelos, hace necesario un examen más detenido de ella.

Ante todo, hay que precisar que la *Breve Historia de Mé-*

xico no es propiamente una historia de México, sino una interpretación de ella. Es decir, no es un intento de reconstrucción del pasado, que establece los hechos y sus causas y consecuencias; sino una valoración o apreciación de los hechos, que ya se suponen establecidos.

Y así lo asienta el mismo autor, el cual dice en la "Advertencia" de la edición contemporánea, que su obra "está dedicada a la interpretación de la historia patria". Y en el "Prólogo" de todas las ediciones, dice: "sin pretensiones de ofrecer hallazgos propios de eruditos, desarrollaremos nuestro comentario, basándolo en la exactitud de los hechos por todos o casi todos aceptados".

La ocasión del libro la refiere en *La flama*:

Conversando con el Dr. (Joaquín González), llegué a la conclusión de que debía darme unas vacaciones de la política para encerrarme en Austin a redactar un libro. Era necesario atacar a fondo el problema de nuestra nación. Era preciso deshacer las mentiras de una historia redactada por los beneficiarios de la traición y la mentira. Todo el plan de mi libro *Breve Historia de México*, comenzó a perfiláseme en la mente. La revancha estaba allí, en la conquista de la verdad. Si la justicia se derrumba en la realidad, queda el recurso de trasladarla al pensamiento. Se salva así el decoro público. La literatura suele ser una protesta del espíritu en contra de la brutalidad de los hechos. El triunfo de la idea importa más que el éxito del momento. Sólo es invencible el que posee la verdad y no la traiciona: la expone y se juega por ella, incluso, las posibilidades del triunfo inmediato (pp. 426-7).

Páginas adelante (429-31, 435), expone cómo redactó esta obra:

En Austin revisé los hechos esenciales de nuestra historia para descubrirles la dirección, cuidando de no encerrarme en el horizonte limitado de una patria a fin de percibir mejor las causas y la influencia que desde el exterior nos han formado. Trabajé largos días al lado del ventanal de un séptimo piso... Laboré con disciplina férrea. Comenzaba a las 9, consultaba algún texto de Historia mexicana, pero pensando ya con deleite en el momento en que terminado mi ensayo de Historia Patria, podría dedicarme al disfrute de una parte, así fuese pequeña, de los 15 000 volúmenes de filosofía que había descubierto en una galería. En ellos había todo lo mejor del pensamiento humano. Impaciente, haciendo a un lado los textos de Historia de México, consultaba los

de filosofía, tomando apuntes que pronto integraron el libro *Historia del pensamiento filosófico*. Sin perjuicio de adelantar a ratos los de la historia, resultó que terminé dos libros a la vez. Terminada la comida del mediodía, dedicaba media hora a la siesta, luego como a las tres volvía a mi rincón de la Biblioteca para trabajar hasta el oscurecer. Padecí un percance de salud... un ataque de reumas... Tuve que hacer cama... Mi hijo me surtía de lápices y papel, y con la maquinilla en las rodillas, llenaba páginas que después él recogía hasta por debajo de las camas... Pronto estuvieron listos los originales y los mandé a México.

La *Breve Historia de México*, edición contemporánea, se compone de 32 capítulos:

- 1- 2. Descubrimiento y Conquista
- 3- 4. México Precortesiano
- 5- 8. La Colonia
- 9-11. La Independencia
- 11-32. Vida Independiente.

El capítulo 11 trata de la consumación de la Independencia y de los primeros años de la Vida independiente. Dos párrafos del capítulo 7 —“Nuestra expansión durante la Colonia” y “La Conquista de Filipinas”— y los capítulos 26-32 son adiciones a “las catorce ediciones” que precedieron a la “edición contemporánea”. Y fuera de lugar parece estar el capítulo 28 “El cisma permanente” junto con sus otros párrafos “La guerra de Independencia”, “El cisma en lo religioso” y “El maderismo”.

La bibliografía —omitida en la “edición contemporánea”— no es muy copiosa. Cinco obras referentes a toda la historia de México: *México a través de los siglos*, *México. Su evolución social*, vol. 3, Pérez Verdía, Priestley y Pereyra (en su *Breve Historia de América*). Diez autores para lo relativo a Nueva España: Medina, García Icazbalceta, Valverde Téllez, Fernández de Navarrete, Bernal Díaz del Castillo, Clavijero, Motolinía, Mendieta, Sahagún y Alamán (*Disertaciones*). Otros diez para la Independencia y Vida Independiente: Alamán (*Historia*), Zavala, Mora, Fray Servando, Martín Luis Guzmán (*Mina el Mozo*), Castañeda (*The Mexican Side...*), Ulises Grant, Sierra (*Juárez, su obra y su tiempo*), Bulnes (*Verda-*

dero Juárez y Verdadero Díaz) y Carlton Beals. Y tres (o más, quizá) citados en el texto: Humboldt, Cuevas, Hagh-nighen.

Como se ve, su estudio de autores, para desarrollar su comentario “basándolo en la exactitud de los hechos por todos o casi todos aceptados”, terminó, con Bulnes y Beals, en el porfirismo. Para la Revolución y los sucesos contemporáneos, en que él había sido actor o espectador, consideró sin duda bastante su propia “memoria emocional”, que ya había utilizado en la Pentalogía autobiográfica.

Su “revancha, de conquista de la verdad (histórica mexicana)” fue más bien de reconquista de la verdad histórica mexicana que se le había hecho evidente desde la escuela de Eagle Pass y durante su “odisea”. Y fue, en resumen: la de la grande obra de España en México y su destrucción por “el poinsettismo”, tesis firme de su *Breve Historia de México*. Mas por falta de suficiente investigación histórica —pues la que hizo la compartió (redactando al mismo tiempo la *Historia del pensamiento filosófico*) con la filosófica, que sí fue exhaustiva—, no completó la rectificación de la historia oficial, retuvo sus prejuicios escolares execrando a Santa Anna y condenando injustamente a Iturbide en la consumación de la Independencia; y no llegó a librarse de los de su “odisea”, demasiado favorables a Madero y a Obregón, y muy desfavorables a Carranza. Forjóse además ideas falsas de las guerras de Independencia, de Texas y de Francia en 1838.

Del descubrimiento, de la conquista y de “la Colonia”, que estudia bien y con admiración y cariño, hace ver, en luminosa interpretación, el sentido y la trascendencia, y su valor humano y mexicano. Su carácter de hombre de la Revolución da mayor fuerza a sus palabras y las hace llegar a sectores adonde no tenían acceso las de grandes historiadores.

Otro gran acierto de Vasconcelos es la reivindicación de Alamán, cuyo “plan genial” como secretario de Relaciones rescata de la ignorancia y del olvido.

Hombre odiado en su tiempo —dice, p. 315—, calumniado por la posteridad y olvidado después por la ingratitud pública, tan sólo porque su programa salvador era la contradicción del poin-

setismo, fue Alamán el único que tuvo cabeza propia allí donde todos han pensado según la pauta que les da el extranjero.

El plan genial de Alamán consistía en

una liga hispanoamericana, con España incluida, que nos hubiera salvado la autonomía, nos hubiera dado marina mercante y con ella también marina de guerra, y nos hubiera hecho un Imperio en vez de un agregado de satélites del panamericanismo... Esta medida que naturalmente nos hubiera restituido las ventajas del Imperio español sin sus inconvenientes, dándonos una posición única en el mundo, fue derrotada por los gobiernos posteriores al servicio del panamericanismo (p. 316).

Esta derrota de Alamán —había observado antes el autor (p. 305)— “ni siquiera la mencionan los menguados textos de nuestra miserable historia patria”.

Dos confusiones —fuera de las palabras citadas— deslucen el texto vasconceliano. Una (p. 305) considerar el plan genial de Alamán, de 1823, como posterior al Congreso de Panamá y su substituto, que fue convocado por Bolívar el 7 de diciembre de 1824 y estuvo reunido del 22 de junio al 15 de julio de 1826. Y la otra, llamar a Alamán ministro de Guerrero, pp. 297 y 299, del que nunca lo fue. Guerrero, presidente del 1 de abril al 18 de diciembre de 1829, no tuvo más secretarios de Relaciones que D. José M^a Bocanegra y D. Agustín Viesca. La confusión nació de haber sido Alamán secretario de Relaciones durante el Poder Ejecutivo y haber firmado, junto con los tres individuos que entonces lo desempeñaban —Guerrero, Michelena y Domínguez— el Tratado con Colombia de 2 de diciembre de 1823.

La excelente semblanza de Alamán, pp. 315 ss., hubiera sido cabal tomando en cuenta toda la obra de él: la organización política y administrativa del país que fue implantando, siendo secretario de Relaciones Interiores del Poder Ejecutivo, conforme al Acta Constitutiva y Constitución de 1824; sus felices gestiones por el restablecimiento del Episcopado Nacional totalmente extinguido; su admirable labor en pro de la Economía Nacional, ya en la Secretaría de Relaciones, ya en la Dirección de Agricultura e Industria; y toda la organización de nuestras relaciones internacionales. De su disputa

diplomática con Poinsett no se menciona en la semblanza el final de ella, que fue la remoción de Alamán del gabinete de Victoria por influjo de Poinsett, según parece por la correspondencia de éste con su gobierno de 13 y 28 de septiembre de 1825.

Medular en la tesis vasconceliana es la parte correspondiente a la obra destructora del "Plan Poinsett". La materia se halla expuesta principalmente en el capítulo intitulado "La Reforma" y en los que le preceden como sus circunstancias, "La guerra de Tres Años" y "El Imperio". Mas siendo ésta tema favorito del autor, sus ideas integrantes se difunden por toda la obra desde el Prólogo. Tema favorito, no aprendido en las escuelas públicas ni entre sus familiares, que eran "burócratas del régimen reformista", lo adquirió como rectificación a sus propios prejuicios sobre Juárez y la Reforma, a los que por muchos años había rendido fervoroso culto.

Su exposición e interpretación de "La Reforma" en los capítulos citados es vigorosa e irrefutable, y expuesta generalmente en términos moderados, que aspiran a comunicar la convicción del autor a sus lectores, a los cuales incita a veces a responder a las cuestiones que plantea. Por ejemplo:

¿qué era más vil: pedir apoyo a las tropas que nos habían humillado en Texas y desmembrado en el cuarenta y siete, o recurrir a España, nuestra madre, o a Francia, nuestra maestra, y que no tenían, ni una ni otra, ambición territorial sobre nuestro país? Respondan las generaciones nuevas, si es que aciertan a sacudirse la herencia de mentiras en que se nos ha criado...

Y a propósito del Tratado Mac Lane-Ocampo, del que dice Justo Sierra que "Juárez y Ocampo se hallaban alucinados" al celebrarlo, propone Vasconcelos:

Que las nuevas generaciones consulten el Diccionario de la Lengua y cotejen la definición de alucinado con la de traidor, y resuelvan cuál es la que conviene en el caso. Yo, por mi parte, creo que no puede comenzar a existir la patria, mientras sigan circulando sin repudio tantos juicios afeminados cuando no perversos, sobre sucesos capitales de nuestra historia tergiversada (p. 367).

Las conclusiones de este estudio no quedan debilitadas por algunos errores históricos de la exposición: que Comon-

fort y Zuloaga renunciaron a la Presidencia en la guerra de Tres Años (pp. 362 y 363); que un golpe de Estado derrocó a Comonfort y pretendió suspender la observancia de la Constitución liberal (p. 362); que Miramón, presidente, se atrajo a jefes liberales como Vidaurri (p. 367); que la construcción de los ferrocarriles, de México a Puebla y el de Veracruz, se inició en la administración de Juárez (p. 397).

Y tampoco las invalidan afirmaciones falsas, sorprendentes en una obra que tan resueltamente barre con las mentiras de la historia oficial, como la referente a la Constitución de 57, de que "Benito Juárez se abrazó con la bandera de la voluntad nacional expresada en el voto" (p. 363). Cuando el sufragio es ficticio, como lo fue para el Constituyente de 1856 y su Constitución, la expresión auténtica de la voluntad nacional no es el voto, sino el pronunciamiento.

Respecto del "Plan Poinsett", una exposición integral del asunto debería incluir, al menos como factores concomitantes, los temas político y religioso que invadieron las cabezas de muchos en toda Hispanoamérica sin influencia de Poinsett. El político, que era doble: monarquismo-republicanismo y centralismo-federalismo, de origen europeo-americano el primero y puramente estadounidense el segundo. Y el religioso: clericalismo-anticlericalismo, de procedencia franco-española. Todo ello actuaba ya cuando empezó la propaganda de Poinsett.

La revisión purificadora de nuestra historia nacional no llegó en la *Breve Historia de México* a capítulos tan importantes y que tanto lo exigían, como los relativos a Iturbide y a Santa Anna.

Prescindamos de algunos "lapsus calami" tales como los de que don Leonardo era "padre de los Bravo" (p. 276), cuando sólo lo era de don Nicolás; que Iturbide, entonces a las órdenes de Llano, peleaba "a las de Calleja" cuando Matamoros cayó prisionero en Puruarán (p. 277); que "unido con Ramos Arizpe, Zavala se ocupó de la instalación de las logias del rito escocés" (p. 295), confundiéndolas con las yorkinas, pues de las escocesas, mucho antes fundadas, sólo dice Zavala (1, 95) que a sus tenidas "concurrió una sola vez"; y que Talamantes

“predicaba la guerra santa contra los españoles” (p. 244), siendo así que aquél, al incitar a la Independencia, predicaba, por el contrario, que hubiese sentimientos filiales para la Metrópoli, invadida por Napoleón (Primera conclusión de su escrito “Representación Nacional de las Colonias”). Y veamos más detenidamente, en primer lugar, lo de Iturbide.

Contra Iturbide tenía Vasconcelos vieja aversión y —digamos— “convicciones”. Le pareció mal que se celebrara el centenario de la consumación de la Independencia cuando era secretario de Educación, y en 1924 llamó a Iturbide “bri-bón” en célebre discurso dirigido a los maestros. No es, pues, de extrañar que la *Breve Historia de México* presente a Iturbide como “hombre sin honor”, con “antecedentes de oprobio” ya que “junto con la jurisprudencia del cuartelazo crea el precedente del general negociante que usa del cuartelazo para explotar monopolios”; “matón sin honra, que se había distinguido por su saña en la persecución de los insurgentes”; para el que “no hay excusa ni argumento que lo libre del carácter de traidor, pues volvió las fuerzas que le había confiado el Rey, contra el Rey”; que “se roba una conducta que iba a Manila”; que ni siquiera redacta el Plan de Iguala, puesto que “la redacción del documento la hace el doctor Monteagudo, porque Iturbide, como los caudillos que habían de sucederle, es incapaz de formular por escrito sus ideas”; y, citando a Alamán, que Iturbide

no parecía tener más noción de gobierno que tomar dinero de donde podía haberlo a mano cuando lo necesitaba y poner en prisión a los que le eran sospechosos, como lo hacía cuando era Comandante General en Guanajuato;

y que

quedó nombrado primer emperador de México como se nombraban los emperadores de Roma y Constantinopla en la época de la decadencia, por la sublevación del ejército y los gritos de la plebe (pp. 289-296).

Último cargo contra Iturbide, ya emperador, es que “Por el lado de Iturbide, como era natural, se declinaba hacia el ab-

solutismo. El Congreso fue disuelto y sustituido por una Junta de Gobierno de la que formó parte O'Donojú" (p. 296).

No parece que Vasconcelos haya estudiado, o al menos leído, ni la *Correspondencia y Diario Militar de Don Agustín de Iturbide. 1810-1821*, que en tres gruesos volúmenes publicó el Archivo General de la Nación de 1923 a 1930; ni el de su *Correspondencia privada*, que imprimió el mismo Archivo en 1933; ni *El Libertador. Documentos selectos de don Agustín de Iturbide (1821-1824)*, que dio a la estampa en 1947 el P. Cuevas; ni otros importantes escritos de Iturbide más difíciles de localizar como su "Proyecto de Convocatoria" para el primer Congreso Constituyente; pero ni siquiera sus *Memoorias o Manifiesto de Liorna*, varias veces publicado desde 1824: mucho de lo cual sirvió a D. Ezequiel A. Chávez para su admirable estudio psicológico (póstumo) de un auténtico *Don Agustín de Iturbide, Libertador de México* (México, 1957). Tampoco parece haber conocido Vasconcelos la escrupulosa reconstrucción histórica del primer Imperio hecha por D. Francisco Banegas Galván en el Libro II de su *Historia de México* (Morelia, 1923). Y así, toda la interpretación vasconceliana de Iturbide se basa —superficialmente— en Alacán, del que sólo selecciona los pasajes adversos al Libertador, por cierto los menos felices del gran historiador de la Independencia, como luego veremos.

De "los antecedentes de oprobio" (p. 290) fue Iturbide absuelto en proceso, se declaró calumniosa la acusación, se dejó a salvo su derecho contra los acusadores y se le restituyó el mando del Ejército del Norte; pero él se abstuvo de volver a éste y de ejercer su derecho contra los acusadores, inconformes con la sentencia, como debía haberlo hecho para depurar por completo su conducta: esa abstención, propia de su carácter, que se exasperaba con la pertinacia de los ataques injustos, la empleó, también en su perjuicio, al abdicar el trono. Iturbide fue, sí, "matón", como lo fueron todos, insurgentes y realistas, con pocas excepciones, en aquella guerra a muerte que desencadenó Hidalgo, mas sin llegar al grave exceso de matar, por su origen u opinión, a personas pacíficas y honradas, cual lo hicieron muchos insurgentes y patriotas

en la Nueva España y en Venezuela, donde la lucha fue más sangrienta y encarnizada.

Los demás cargos pertenecen a un todo, compuesto de dos partes: la consumación de la Independencia y el primer Imperio, cuyos antecedentes y desarrollo no bien estudiados por Vasconcelos le llevaron a otras afirmaciones tan peregrinas como falsas:

descorazona pensar el papel poco airoso que México desempeña en el panorama general de la Independencia hispanoamericana. Ni figuras... como Miranda, como Bolívar... Sucre... San Martín... Santander... Morazán... (p. 243), ni el equivalente de los grandes episodios bélicos que en el Sur son Chacabuco y Carabobo, Junín y Ayacucho (p. 245). México y el Perú se resistieron a la independencia y la debieron a esfuerzos del exterior. Al Perú lo libertaron colombianos y argentinos. México se libertó cuando ya no podía menos que hacerlo (p. 236). Y cuando en 1821 ya toda la América del Sur se había hecho independiente por la fuerza de las armas, a México no le quedó otro recurso que sumarse a la deserción general (p. 235). En el Sur Bolívar y San Martín nos hacían la independencia... Basta recorrer las fechas de las batallas sudamericanas para comprenderlo (p. 289).

Conjunta y brevemente revisaremos estas ideas vasconcelianas y las que nos quedan por ver de las anteriores, advirtiendo que lo relativo al Perú es correcto.

Hasta diciembre de 1824 no fue independiente de España toda la América del Sur. El 24 de febrero de 1821, fecha del Plan de Iguala, y mucho menos en noviembre de 1820 en que Iturbide empezó a preparar formalmente su campaña para consumar la Independencia, de las 7 grandes batallas sudamericanas decisivas sólo se habían librado 3: Chacabuco (1817) y Maipo (1818), que hicieron independiente a Chile, y Boyacá (1819), que destruyó el principal ejército español de la Nueva Granada. Y ninguna de ellas podía aún considerarse entonces como decisiva, pues dependían del éxito posterior de la campaña. Las 4 restantes se dieron después de proclamado el Plan de Iguala: Carabobo (24 jun. 1821), que significó la conquista de Caracas; Pichincha (1822), que importó la de Quito; y Junín y Ayacucho (6 ag. y 9 dic. 1824), que lograron la independencia del Perú. Las 3 últimas

son posteriores a la Independencia de México (27 sept. 1821), la cual provocó directamente la de Centroamérica y coadyuvó indirectamente a la de Sudamérica.

Factor realmente decisivo para la consumación de la Independencia en toda la América española fue la revolución liberal progresista iniciada con el pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan, Sevilla, el 1º de enero de 1820, que Vasconcelos trata muy someramente, sin medir su verdadera importancia (p. 284). La revolución se propagó por toda la Península, impidió la salida de unos 20 000 hombres de tropa expedicionaria, destinada principalmente a Buenos Aires, que por falta de coacción era independiente desde 1811; y creó en la Nueva España un ambiente propicio para consumir la Independencia. Bolívar, en particular, que contaba con medios limitados para vencer las serias dificultades de orden militar que se le presentaron después en Boyacá, pudo reanudar sus victorias desde Carabobo hasta Junín y Ayacucho, esta última por medio de Sucre.

Ha pasado casi inadvertido el carácter de pronunciamiento o cuartelazo, que tuvo el juramento de la Constitución española, hecho sin esperar órdenes de la Corte, ya por el general Dávila, gobernador de Veracruz, y por el ayuntamiento de Jalapa el 26 y el 28 de mayo de 1820, ya sobre todo por el virrey Apodaca y la Real Audiencia el 31 de mayo siguiente, y a su ejemplo por todas las autoridades y corporaciones civiles y eclesiásticas de la Nueva España, que se adherieron así, por presión de las tropas y de la opinión pública, al pronunciamiento de Riego y a la revolución peninsular de 1820. Dávila percibió bien el sentido y las consecuencias del paso que había dado, y dijo a la numerosa concurrencia en la que predominaban los comerciantes españoles del puerto: "Señores, ya ustedes me han obligado a proclamar y jurar la Constitución: esperen ustedes ahora la independencia, que es lo que va a ser el resultado de todo esto." No fue, pues, Iturbide, sino el general Dávila y el Virrey y Capitán General de la Nueva España Apodaca, quienes crearon entre nosotros la jurisprudencia del pronunciamiento y el cuartelazo.

El Virrey había procurado evitar el juramento de la Cons-

titución, aunque se lo ordenase la Corte, y para eso se exco-
gitó el “Plan de la Profesa”, absolutista y que no aspiraba a
una independencia definitiva de España, sino temporal, mien-
tras en ella rigiese la Constitución que se le había impuesto
al Rey. Y para ejecutar el plan, sus autores y el mismo Vi-
rrey invitaron a Iturbide, el cual no estaba de acuerdo con
esas ideas y se proponía desviar la ejecución hacia la inde-
pendencia absoluta conforme a las suyas propias, que en se-
guida veremos.

Mas la Constitución fue jurada y, conforme a lo previsto
por Dávila, “las cabezas, antes pacíficas, se volcanizaron”
—como escribía el fiscal Odoardo al ministro de Gracia y Jus-
ticia en octubre de 1820—; se hizo “demasiado familiar la
voz de independencia, que se pronunciaba ya sin el menor
recato ni consideración” —como escribía Apodaca al Rey en
enero de 1821—; y las facciones, con sus múltiples proyectos
de Independencia, algunos de los cuales reavivaban los odios
contra España recordando “los horrores de la Conquista”,
amenazaban despedazar otra vez a la Nueva España —como
anota Iturbide en sus *Memorias*.

Admirable solución de la crisis fue el Plan de Iguala con
sus tres garantías, de Religión, Unión e Independencia en
una monarquía constitucional, cuyo imperial trono se ofreció
preferentemente al Rey de España. Tal plan no implicaba
traición, salvaba la fidelidad al monarca, pues ésta no podía
excluir el ejercicio de su derecho a la emancipación que te-
nían la Nueva España y sus propias tropas. Más aún, salvaba
los derechos del Rey en la única forma ya posible, que reor-
ganizaba el Imperio Español —como lo reclamaban los tiem-
pos— en naciones independientes, pero unidas bajo un cetro
imperial.

Las ideas son de Iturbide: “la Nueva España ha adqui-
rido por sus luces propia opinión y se emancipa en la edad
núbil de la casa paterna, conservando a sus progenitores res-
peto, veneración y amor.” En tan justo y bello razonamiento,
sin par en el Nuevo Mundo, funda Iturbide el plan de Igu-
ala, del cual dice en sus *Memorias* (p. 335): “Formé mi
plan, conocido por el de Iguala: mío, porque, solo, lo con-

cebí, lo extendí, lo publiqué y lo ejecuté.” Esta enfática afirmación suya, no desmentida por sus contemporáneos, se halla plenamente confirmada por su correspondencia con militares y eclesiásticos entre los que propagó el Plan. Y mediante él, sin necesidad de batallas de Chacabuco y Carabobo, Junín o Ayacucho, en casi incruenta campaña diplomático-militar de 7 meses dio feliz término a la emancipación mexicana.

Para sufragar los gastos de la campaña tomó Iturbide, en calidad de préstamo, \$ 525 000 que los comerciantes de México enviaban a Manila, dándose por seguro —dice Alamán, V 101— “que aquéllos estaban instruidos del plan y sabían el uso que se iba a hacer de este dinero”. Como deuda nacional, recomendó Iturbide con empeño a la Junta Provisional Gubernativa que se pagase cuanto antes. La Junta decretó el pago (22 feb. 1822), pero el decreto no pudo cumplirse.

La inclinación de Iturbide al absolutismo a que alude Vasconcelos (p. 296), fue, por el contrario, una readhesión de aquél a la división de Poderes, pues no era “Junta de Gobierno” la que sustituyó al disuelto primer Constituyente ni de ella “formó parte O’Donojú”, que ya había muerto, sino una Junta Instituyeme, que ejerciese el Legislativo mientras se convocaba nuevo Constituyente.

Por último, Alamán fue poco feliz en los textos citados por Vasconcelos (pp. 292 y 295). En el primero, porque si —según él— Iturbide no podía hacer otra cosa que abusar del poder, no “hubiera sido mejor” que conservase el poder absoluto. En el segundo, porque no es consecuente con su relato de la elección de Iturbide emperador hecha por el Congreso, recibida con unánime aplauso por las provincias y muchas veces ratificada por el mismo Congreso en diversas formas, su conclusión de que “quedó nombrado emperador” como se nombraban los emperadores romanos de la decadencia. Dominando sus propios prejuicios, dice después Alamán (V, 592) de Iturbide:

Nadie sin duda tenía tantas y tan buenas cualidades para obtener la autoridad y desempeñarla. En medio de todos los defectos que se le notaron; con toda su inexperiencia en el mando, muy disculpable en un tiempo en que ninguno otro sabía más que él; no

obstante su altivez e intolerancia de todo lo que parecía resistencia u oposición; a pesar de su precipitación indiscreta, que después de un golpe de arrojo venía a terminar en algún acto de debilidad: poseía carácter noble, sabía conocer y estimar el mérito, y siempre lo guiaba un espíritu de gloria y engrandecimiento nacional que hubiera podido producir grandes resultados. Tenía algunas ideas administrativas, que se habrían mejorado con la práctica de los negocios y, fuese porque aspirando al trono, cualquier objeto inferior le era indiferente, o porque había en él liberalidad y desprendimiento; no se le vio entregarse a la sórdida codicia y otros vicios vergonzosos, con que algunos que le han sucedido en el mando han manchado el ejercicio de éste, y con noble generosidad rehusó la asignación del millón de pesos y extensión grande de tierras que le hizo la Junta Provisional, cuya renuncia pasó al Congreso al principio de las sesiones, sin que hubiese vuelto a tratarse de ella.

Largo capítulo (pp. 323-355) de la *Breve Historia de México* corresponde a Santa Anna, "hombre despreciable", que el autor juzga cómo era antes de ser presidente, cómo de Presidente, en la guerra de Texas, en la de Estados Unidos y en su administración postrera. Y lo condena en todas las etapas de su vida y en todas sus actuaciones.

Santa Anna merece, ante todo, ser estudiado, y estudiado totalmente. Aun José Fuentes Mares, que le dedicó mucho estudio y un libro, no lo estudió totalmente y lo caracterizó como comediante: *Santa Anna. Aurora y ocaso de un comediante* (México, 1956).

De 1823 a 1855, por 32 años, fue Santa Anna la principal figura política mexicana, con popularidad que se renovaba periódicamente, cada vez que él, con su fino sentido político, se ponía al frente de los movimientos que eran de actualidad, bien fuesen de liberales o de conservadores, pues no parecía tener ideas políticas propias. Y lo más curioso es que aun de sus fracasos en las guerras de Texas y Estados Unidos vuelve triunfante y lo llama uno u otro partido, o los dos a un tiempo, señal de que no lo consideraban, precisamente, ni como "hombre despreciable" ni como "comediante".

Falta, desde luego, un estudio de la obra cultural de Santa Anna. Nuestras historias suelen contentarse con historiar lo político sin abarcar la cultura, en la cual tiene Santa Anna

buenos méritos, aunque haya de compartirlos con sus ministros, a quienes directamente se debieron. Hasta los últimos años del general Díaz y atravesando el segundo Imperio con el nombre de imperial, subsistió la estructura del gabinete presidencial creado por el gobierno de Santa Anna en 1853, en el que desde entonces funcionó el nuevo ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio. Y a los gobiernos de Santa Anna se debieron los excelentes Planes de Estudios de 1843 y 1854; el carácter obligatorio y gratuito de la instrucción primaria (26 oct. 1842); la fundación de las Escuelas de Agricultura y Veterinaria (1853) y la de Comercio y Administración (1854), que aún existen; la resurrección de la Academia de Bellas Artes, que salió de su agonía al dotarla Santa Anna con munificencia (1843) y pudo así producir el renacimiento artístico nacional de ese siglo; el gran Teatro de Santa Anna (feb. 1844), llamado después Nacional, considerado por Revilla en 1893 como "la mejor obra arquitectónica hecha en México durante el siglo xix"; y en fin, el Himno Nacional, que, superando anteriores intentos y sobre todo las enconadas pasiones políticas de los partidos, logró afirmarse como "Nacional" por expresar en su música y letra los sentimientos del pueblo mexicano. Dos de sus estrofas, en reconocimiento de que a Santa Anna se debe el Himno, lo elogian dentro del ambiente de la época. Esto indigna a Vasconcelos (pp. 327 y 354), que se permite llamar "pobre diablo" a Bocanegra.

Otros aspectos favorables a Santa Anna, *v. g.* en la guerra de Texas, en la de Estados Unidos y en su última administración, tampoco los toma en cuenta la *Breve Historia de México*. De lo que aprendió en Eagle Pass sacó Vasconcelos su execración absoluta de Santa Anna y también el bello cuadro de los colonos texanos, para cuya actuación contra México cuando éste trató de hacer efectiva su autoridad en ese Estado mexicano conforme a las leyes, no tiene palabra de reproche. La guerra de Texas es juzgada sólo por San Jacinto, que hace olvidar toda una heroica campaña para la cual no había ni dinero ni ejército, pero que era necesaria para dominar la insurrección de unos colonos estadounidenses que

se hacían independientes con las tierras que ellos mismos habían recibido, por contrato, del Gobierno Mexicano y hacían burla de éste y del ejército nacional. El Gobierno, carente de crédito, no había podido procurarse ni las sumas más indispensables, y el ejército había sido casi completamente destruido por las revoluciones de 1832 y 33 y por la administración de Gómez Farías, que hablaba de sustituirlo por milicias. Santa Anna, designado jefe de la campaña, consiguió el dinero y formó y disciplinó el ejército sobre la marcha, y lo llevó de victoria en victoria hasta San Jacinto, donde no hubo batalla sino una inexcusable sorpresa, no irreparable hasta que se retiró el ejército mexicano vencedor. Parecidamente, en la guerra de los Estados Unidos a México, Santa Anna, pésimo estratega pero fecundo y admirable organizador, levantó, uno en pos de otro, tres ejércitos: uno contra Taylor y dos contra Scott. Largos de exponer y discutir son otros puntos de ambas guerras, como los que toca Vasconcelos en las pp. 331-333 sobre El Álamo, 333 sobre Fannin, 345 sobre el millón de pesos de Scott. Pertenecen a la discutida biografía de Santa Anna, del cual sólo añadiremos algo sobre su último gobierno, muy festinadamente revisado en la *Breve Historia de México* (pp. 353-59).

En 1853 volvió Santa Anna del destierro, llamado por conservadores y liberales. Las logias simbólicas Siete, Dieciséis y Veintisiete, dice Mateos, y algunos masones prominentes como D. Gregorio Dávila, tomaron parte en su reinstalación. Pero volvía dispuesto a gobernar asesorado por los conservadores, cuyo jefe Alamán le había formado, en célebre carta, un buen programa de gobierno. Este programa, por la muerte de Alamán a los pocos meses, sólo empezó a ejecutarse; pero fue el principal motivo de la Revolución de Ayutla. Aunque férrea y opresiva su dictadura, lo fue menos que "la política moderada" seguida por Comonfort (p. 360), el cual, urgiendo las Leyes Lafragua, Lerdo, Juárez e Iglesias, y el juramento de la Constitución, destituyó, encarceló y desterró mucho más que lo había hecho su antecesor. Del Tratado de la Mesilla se habla en la p. 354 sin atenderse al complicado problema del que fue solución y que contuvo definitiva-

mente, a pesar de las concesiones de algunos sucesores de Santa Anna, la expansión territorial de los Estados Unidos. El dinero de la "indemnización" que "se embolsó" Santa Anna (p. 354), se gastó en cosas concernientes a las obligaciones que pesaban sobre el Gobierno, según la *Memoria de Hacienda* del ministro Olazagarre. Vasconcelos ignoró sin duda la actitud "anti-poinsetista" de Santa Anna, que le valió su caída. Gadsden, el de la Mesilla, escribió a su gobierno el 18 de mayo de 1855:

Los Estados Unidos deben por humanidad y civilización rescatar a México de la dominación bárbara de un déspota argelino... que no disimula la profunda hostilidad que siente hacia "la bárbara República del Norte" y su pueblo... Los Estados Unidos no pueden tolerar ese régimen junto a su frontera... Confío en Dios que... el presidente (de los E. U.) se preparará a respaldar (lo que he dicho) con alguna acción decisiva.

Ésta, ya en aplicación, facilitaba a los revolucionarios de Ayutla armas y pertrechos para derribar a Santa Anna.

Los capítulos de tema contemporáneo, a partir del de "Porfirio Díaz" (p. 407), son, en buena parte, análogos, por sus fuentes, contenido y desarrollo, a la Pentalogía autobiográfica, y vale para ellos lo que se dijo acerca de ésta en cuanto a su valor histórico. Son ellos quizás los que han dado a la *Breve Historia de México* tanta popularidad, por la crítica implacable, muy del agrado del público, que hace de los políticos de nuestros días. Pero no constituyen, en rigor, una historia contemporánea de México.

Literaria e históricamente, vale más que la *Breve Historia de México*, la pequeña y sólo dos veces editada biografía de *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad* (México, 1941 y 1944.) En ella brota luminosamente el comentario de los hechos bien expuestos y estudiados.

El filósofo es superior al historiador en Vasconcelos, y el hombre, en sus postreras etapas, cuando ya redimido el pasado, levanta su voz de creyente y de maestro, que "irrita a los malvados y complace a los buenos", es superior al filósofo.

N. B.—De la *Breve Historia de México* se cita la edición de 1959. De Alamán, la edición de "Jus". Y de Zavala, la de México, de 1918.